

Aguinaldo

Osvaldo Reyes



—¿Dónde está? Muévete.

—Aquí, lo encontré —farfulló la mujer, extendiendo el brazo. El hombre le arrancó de los dedos el boleto de avión y le dirigió una última mirada.

—Estuviste así —dijo, enseñándole un

mínimo espacio entre el índice y el pulgar—de empezar el año leyendo la bolsa de trabajo.

Agradece que estoy acostumbrado a tus incompetencias.

La secretaria, una rubia llamada Pamela, agachó la cabeza, sus orejas de un color carmesí.

Ismael Vega, viendo la reacción, aprovechó para dar la estocada final.

—Te salvas que estás buena —susurró—. Algún día tendremos que hacer algo al respecto.

El rubor se extendió por todo su rostro. Ismael giró la muñeca, vio la hora y se dio la vuelta, enfilando sus pasos en dirección de la salida.

—Otro día. Trabajo primero, placer después.

—Señor Vega —dijo otra voz. El temor evidente en las palabras.

—¿Qué quieres, Horacio?

—Es 23 de diciembre y... bueno, queríamos saber sobre el... el aguinaldo.

—¿Bromeas? Ya les pagué lo que demanda la ley. No mereces un aguinaldo. —Alzó la mano y señaló a los otros cinco empleados que pretendían no darse cuenta de lo que estaba pasando—. Ninguno de ustedes.

Las últimas palabras las dijo mirando a Pamela. Horacio Mendoza agachó la cabeza, signo de sumisión que todos en la oficina utilizaban para calmar a su jefe. Eran su propiedad a toda hora del día. Para ser usados y abusados a su discreción.

—Sin embargo, las normas de la empresa me obligan a cumplir ciertos compromisos. Más tarde les mando su aguinaldo. Cuando lo usen, recuerden que no lo merecen, pero soy buena gente. Después de todo, es Navidad. A ver si uno de sus compromisos de Año Nuevo es mejorar.

En la planta baja lo esperaba su asistente personal. En la mano traía un cartapacio. A su lado, un Lexus LC 500 color rojo, encendido y con la puerta abierta.

—Reservaciones del hotel, reuniones programadas y boletos para la ópera, como pidió. Ismael tomó los papeles y se subió al auto. Al ponerse el cinturón de seguridad, una profunda arruga se marcó en su frente.

—El tanque está casi vacío. Menos de un cuarto.

Agustín Cisneros, quien se sentía un mayordomo a tiempo completo en funciones, mas no en título, palideció.

—Señor, usted no me dijo...

—No rebuznes más. No tengo el tiempo. —Sus ojos destilaban maldad—. Haré tu trabajo camino al aeropuerto y llenaré el tanque. Asegúrate de darles a todos sus aguinaldos, cuando esté en el aire. ¿Te acordaste de coordinar con el restaurante?

—Sí. Un cupón por veinticinco dólares para una cena, un día de semana, en La Casa del Marisco. Uno para cada uno.

—Veinticinco me parece mucho. Debieron ser veinte.

—Ya están hechos, señor.

—Qué diablos. Es Navidad. Me siento magnánimo.

Aceleró, cubriendo a Agustín en humo y polvo.

El sonido del celular, diez minutos después, cortó la melodía que escuchaba por la radio.

—Hola Ismael —escuchó a su esposa decir—. ¿Recibiste el pasaporte?

—¿El pasaporte? ¿No está en la maleta?

—No, se me olvidó guardarlo. Te lo mandé con un mensajero.

—¡No me llegó nada! ¡Demonios, Lisa! ¿Dejaste mi pasaporte el día que salgo de viaje?

¿Qué tan imbécil puedes ser?

—No entiendo. Lo mande con tiempo. Déjame revisar.

Ismael la escuchó jugar con el celular. Cuando volvió a hablar, sonaba asustada.

—Mandé al mensajero a la dirección equivocada. Está en una casa. Firmó de recibido un señor Claus.

—¿Dónde?

—Te lo mando. Disculpa, querido. Es...

Ismael, apenas recibió la dirección, cerró la llamada. Iba con el tiempo justo y todavía tenía que recoger sus papeles. Puso el mapa del navegador y siguió la ruta sugerida hasta su destino. Tan solo esperaba que sus documentos estuvieran allí.

Era una casa sencilla, con un solo carro en la acera. Se detuvo en la entrada y se bajó corriendo. No logró tocar el timbre. La puerta se abrió y una mujer se asomó. Su rostro inexpressivo, hasta que vio el auto.

—¡Camilo! ¡Ven Camilo! Es él.

Ruido de pisadas. Una mano apartó a la mujer, dándole paso a un hombre de casi dos metros. Al ver el auto, salió del interior, tomó a Ismael por la camisa y lo lanzó hacia atrás.

—¿Qué hace? ¿Está loco?

Camilo Capó le puso un pie en el cuello. Detrás de él venían otros hombres. Sus rostros igual de molestos.

—Tienes coraje regresando aquí, hombrecito. ¿Deseas morir?

—Yo nunca he estado aquí —gimió desde el suelo, tratando de respirar.

—Claro, la ciudad entera tiene ese modelo de auto —dijo señalando el Lexus—. Muy común.

El hombre se arrodilló, sin quitar la presión en su cuello.

—¿Dónde está mi dinero?

Ismael no supo que responder. El hombre estrelló su cabeza contra el suelo.

—Mi dinero. El que robaste esta mañana.

—¿Qué dinero? No soy un ladrón.

Camilo le revisó el bolsillo, le quitó las llaves y se las tiró a uno de sus hombres. Lo vio pasar a su lado y escuchó el motor del auto apagarse. A los segundos, una voz ronca dijo:

—Creo que todo está aquí. Lo tenía en el maletero.

Ismael no sabía qué pensar. Estaba allí por un error de su esposa. Ella fue la que le dio esa dirección. El sitio exacto donde un carro como el suyo había participado en un robo. No tenía sentido.

Manos lo alzaron en peso y lo empujaron al interior de la casa. Él no había usado el auto desde que llegó a la oficina.

Desde que se lo dio a Agustín para que lo estacionara y llenara el tanque.

¿Agustín? ¿Su esposa?

—Faltan catorce mil dólares. Estás en problemas —dijo Camilo, revisando el contenido del maletín—. ¿Y esto? ¿Qué se supone que haga con esta basura?

En la mano sostenía unos tiquetes, adornados con motivos navideños. Seis cupones para una cena en La Casa del Marisco. En la parte inferior, un mensaje en letras blancas.

—En estas fiestas, que coseches lo que sembraste. Ismael vega te desea una feliz Navidad.